



URNA DE S. SEBALDO.

Este sepulcro, fundido en bronce por Pedro Vucher con la ayuda de sus cinco hijos en los años 1506 á 1519, está colocado en medio del coro de la iglesia de S. Sebald en Nuremberg (Alemania). Es de mediana dimension, y sus delgadas y oscuras columnatas hacen resaltar el mérito de la urna de S. Sebald cubiertas de hojas de plata y oro. La base del monumento sostenido por enormes caracoles y sobrecargada de figuras de niños que juegan con unos insectos; su techo lleno de construcciones arquitectónicas y de esquilonos bizantinos así como las columnillas que unen la base al remate son de gusto enteramente alemán. El mismo carácter se encuentra en los rostros de los niños que juegan con unos perros y adornan la cartela de la urna en los bajos relieves que cercan el zócalo de esta y que representan los milagros atribuidos á S. Sebald; en el retrato del santo que lleva en la mano su iglesia, y en el de Pedro Vucher hecho por él mismo.

Pero las doce estatuas de los apóstoles que están arrimadas á las columnas tocando con el cornisamento de la urna tienen ca-

bezas y ropajes que pueden ser comparados con los fragmentos mas bellos que la imitacion de los antiguos ha inspirado al genio moderno. Las sirenas que sostienen los candelabros en los cuatro ángulos participan de las formas entre largas y airosas que algunos años despues connaturalizó en Francia el Primaticcio: las figuras desnudas que están sentadas al pié de las columnas parecen puestas por Miguel Angel, y las que coronan el remate tienen el traje y el talante de las obras mas elegantes que produjo Florencia á fines del siglo XIV.

Aquel modelo, que no tiene igual entre todas las esculturas alemanas, solo puede compararse con las páginas mas complejas y elevadas de Alberto Durer. La ejecucion, aunque hecha en pequeñas proporciones, es enteramente monumental; es cierto que es desigual, como confiada á diferentes manos; pero las actitudes donde se conoce la direccion suprema del maestro son de extraordinaria belleza.

M.

8 DE JUNIO DE 1856.

MEDINA AZZAHRA.

EPISODIO HISTÓRICO (1).

II.

Volviendo ya á nuestro propósito que es relatar la fundacion y novelescas historias de Medina Azzahrá, diremos que el califa Abderrahman, con ayuda de los mejores arquitectos venidos del oriente, hizo levantar los planos de aquella grandiosa fábrica, ordenando la traza del alcázar principal para morada de su favorita, y las de otros edificios para su corte y servidumbre. Ordenó asimismo que se fabricasen muchos *mntazehes* ó casas de placer repartidas por el monte y la llanura: hizo labrar la tierra, desmontar y allanar las asperezas, trazar y abrir los caminos, traer grandes caudales de agua desde parajes muy distantes y apartados de las sierras vecinas, y repartirlos artificiosamente para que surgiesen las fuentes de los alcázares y la ciudad y fertilizasen los prados, huertos y jardines (2). Empezóse la fábrica el primer día de la luna de mubarram del año 323 de la egira (3), ó sea el 18 de noviembre del año 936 de nuestra era, porque sin duda el Emir Almumenin para solemnizar mas aquella fundacion, quiso que tuviese principio en el primer día del año. Para formarse alguna idea de la animacion, movimiento y bullicio que reinaba en aquella obra gigantesca, nos bastará recordar lo que sobre el caso nos cuentan los historiadores árabes. Dicen pues que trabajaban en ella diariamente hasta diez mil hombres entre siervos y operarios de diferentes artes y oficios (4). De ellos á los unos pagaba el califa á razon de dirhem y medio diario, á otros á razon de dos y medio y hasta tres á algunos (5). Para acarrear las cargas se empleaban cerca de tres mil acémilas, contándose en este número cuatrocientos camellos pertenecientes á las caballerizas del sultan y que servian para conducir en los viajes su ajuar y recámara. Gastábanse cada día en la fábrica seis mil piedras cortadas y labradas, aparte de las toscas que se emplearon en los cimientos y mampostería. Cada tres días venian á la obra mil y cuatrocientas cargas de yeso y cal viva (6), aunque otros dicen que diez mil, y en toda la edificacion en fin se empleaban diariamente millares de brazos y sumas incalculables.

Con tal prodigalidad y magnificencia logró Annasser que en breve tiempo se llevase á cabo la parte principal de la fábrica, en particular el alcázar y lugares de recreacion y placer en que habia de morar la hermosa Azzahrá. El califa, siempre que los cuidados de la guerra, á que era muy aficionado, no le obligaban á marchar con su hueste, dirigía por sí mismo la obra, consagrándose á ello con tal empeño y actividad, que, segun cuentan los historiadores árabes, ocupado allí, dejó de asistir tres *chumas* ó viernes seguidos á la *assalá* ú oracion en la aljama de Córdoba, con gran escándalo de los fervorosos musulmas. Añaden que como se presentase en la aljama el cuarto viernes, allí, delante de todo el pueblo, fue reprendido y conminado con las penas eternas por el imam y alfaquí Mondzir ebn Said, varon muy austero en materia de religion, que aquel día cumplia con su cargo de *aljatib* ó predicador.

En tanto el emir deseoso de dar una grata sorpresa á su favorita, jamás permitió que fuese á ver la obra que se levantaba, sino que rodeándola de toda suerte de solaces y delicias en el retiro de su harem, ó bien llevándola consigo en una dorada litera á sus expediciones militares, ó ya á otros sitios reales y moradas de placer, procuraba divertir su ánimo hasta que pudiera

ofrecerla con cumplida perfeccion la joya y presente prometido.

Llegó por fin el día suspirado, en que, viendo el califa conseguido en gran parte el fruto de sus largos afanes y dispendios, entró en el aposento de Azzahrá, y llevándola desde allí á otro situado en la parte del norte de su palacio, le mostró el nuevo alcázar y poblacion que habia fundado para ella. Era la mañana de un día muy sereno y brillante, por manera que Azzahrá dirigiendo sus ojos desde el ajimez de aquella ventana á la parte que se le mostraba, vió con toda claridad que en las faldas de aquel monte, antes inculto, aparecia ahora como por encanto la prodigiosa fábrica de su nombre, aquella nueva maravilla del arte, cuyos blancos edificios levantados á modo de gradería en la ladera, destacábanse notablemente sobre la negra breña y maleza sombría del monte. Este contraste contribuyó mucho á la admiracion y sorpresa de la jóven favorita, que dejando aparecer en sus labios sonrientes de amor y gratitud cierta expresion de ironía, dijo al emir: «¡Oh, señor mio: qué bien parece la hermosura de esa jóven beldad sobre la negra tez de ese *zingita* (1)!» Abderrahman muy pesaroso de que su favorita hubiese hallado aquel lunar en la belleza de tan soberbia fábrica, y deseando complacerla á todo trance, quiso que se allanase aquel monte. Pero como le disuadiesen de este propósito algunos de sus wacires y cortesanos, contentóse con hacer que se cortase la maleza y ramaje bravío que embarazaba el monte, plantándose en su lugar higueras y almendros, con que segun la hermosa descripcion de un historiador árabe (2) llegó á presentar aquel monte la vista mas risueña y encantadora en el tiempo en que se abren las flores y florecen los árboles.

Cuando Annasser hubo ofrecido por la primera vez á Azzahrá tan hermoso y nuevo espectáculo, le mandó que se adornase con sus mejores galas y joyas, y que acompañada de las numerosas y bellas esclavas, que asistían en su servicio, viniese en su compañía, pues queria celebrar con muchas alegrías y festejos la fundacion de Medina Azzahrá y la presentacion en ella de su bella favorita. Habíanse levantado, segun órdenes del califa, en todo el camino y arrecife (3) que conducía desde el alcázar de Córdoba hasta Medina Azzahrá arcos de verde y florido ramaje, extendiéndose de unos á otros largos toldos para preservar á la concurrencia del bochorno del sol. La lucida guardia real de los slavs vistosamente armada con sus espadas, lanzas y broqueles y compuesta de seis mil mancebos (4) habiase formado en dos hileras desde el alcázar hasta las puertas de la ciudad; seguía despues la milicia de negros armados con arcos y adargas y despues otros cuerpos y escuadrones que guarnecian y formaban una larga calle en todo el espacio que se contaba hasta llegar á las puertas de la ciudad de las flores. Abderrahman Annasser acompañado de sus wacires, caballeros y los alcaides ó capitanes de sus huestes, salió del palacio en un fogoso y negro corcel de raza árabe, y en pos de él salió Azzahrá rodeada y seguida de sus esclavas, encubriendo mal con el enojoso velo los encantos de su bellísimo rostro, aumentados singularmente aquel día por la satisfaccion y júbilo de su alma. Este vistoso y lucidísimo séquito salió de la ciudad por la puerta llamada *Bab Ixbilia* ó de Sevilla, hasta donde llegan los jardines y huertas del alcázar. Desde allí dejando á la izquierda el arrabal nombrado *Rabdh Hawanit Raihan* (5), enderezaron su camino hácia el norte, atravesando entre las filas de slavs y negros formados en el espacio libre que se dilataba entre el muro y los arrabales de occidente, hasta llegar cerca de la puerta de la ciudad llamada *Bab Liun* ó de Leon y prosiguiendo despues hasta Medina Azzahrá. Toda esta parte de los suburbios de Córdoba y los campos inmediatos se miraban embellecidos con risueños jardines, suntuosos alcázares y otros monumentos notables, como el alcázar llamado *Bostan* ó del huerto junto á la

(1) En el artículo anterior resultaron algunas erratas que han de corregirse así: pág. 170, col. 2.^a, lin. 13 á 14, donde dice *alfagines*, léase *alfaquies*. En la nota 3.^a, *Nixem*, léase *Nixem*. Nota 9.^a, *Almuna*, léase *Almunia*. Pág. 171, col. 1.^a, lin. 38, *slavs negros*, léase *slavs y negros*; col. 2.^a, lin. última, *Naxan*, léase *Haxan*.

(2) *Almaccari*, I, 374.

(3) Ebn Hayyan citado por *Almaccari*, I, 346.

(4) *Almaccari*, I, 373.

(5) *Id.*, 345 á 46.

(6) *Id.*

(1) Etiopie, negro.

(2) Sidi Mohieddin citado por *Almaccari*, I, 344.

(3) Es palabra árabe y su significacion equivale á calzada ó camino.

(4) *Almaccari*, I, pág. 373.—Otros dicen que eran 3750. *Id.*, pág. 372.

(5) Es decir, el arrabal de las tiendas de aromas.

puerta de Sevilla, el palacio de *Mugueitz* (1), la mezquita de *Azzefá* ó de los Remedios, la de *Assorur* ó de los placeres, el famoso *Hemam* (ó baños de) *Elvira*, los verjeles de la *Raudha*, la *macbara* ó cementerio de *Amer el Coraizi* (2), el delicioso alcázar y sitio real ya celebrado con el nombre de *Dar Annaora*, y otros edificios y lugares de recreo.

Pero todas estas bellezas de la naturaleza y el arte distaban mucho de poderse comparar con las que contempló Azzahrá cuando llegó por fin á la risueña llanura que se extendía delante del alcázar y poblacion de su nombre. Allí se ofreció nuevamente á sus ojos, pero en todo el lleno de su hermosura, la risueña Medina Azzahrá tendida en forma de anfiteatro y gradería sobre la suave ladera del monte de Alarus, ofreciendo ahora á sus encantados ojos con sus blancos edificios mezclados entre vistosos verjeles, frondosísimas arboledas y corrientes de aguas, la imagen de una bellísima sultana que sorprendida en su lecho de flores por los rayos del sol saliente, se despertaba sonriente, descubriendo sus graciosas formas á través del mal ceñido velo, y se disponía á adornarse con sus galas de brillantes colores (3). Al llegar á este paraje despidió á sus cortesanos y guardias, y apoyando ligeramente su mano en el torneado hombro de Azzahrá, penetró con ella en la maravillosa fábrica. Sobre la ojiva puerta que daba entrada á aquel mágico recinto, obra de los genios, reconoció la favorita con grata sorpresa su hermosa imagen hábilmente esculpida sobre el mármol (4). Mas adelante en los adornos de verde boj que rodeaban una fuente, leyó tambien su poético nombre Azzahrá ingeniosamente dibujado, y por todas partes hallaba testimonios del inmenso amor que la profesaba Annasser.

Pasada aquella puerta que era la llamada *Bab Alacabbá* ó de las bóvedas, Annasser y su favorita se hallaron en el recinto de Medina Azzahrá propiamente dicha, que se miraba rodeado de un muro de poca altura, mas bien levantado para el adorno que para la fortaleza. Este muro encerraba el alcázar principal con diversos pabellones y aposentos para morada de la sultana, del califa y de su corte cuando le siguiese á aquel real sitio; otros pequeños palacios y casas de placer con sus *raudhas* y *bostanes*, ó sean jardines y huertos; la aljama ó mezquita para las prácticas y ceremonias de religion, y por último diferentes edificios para alojamiento de la guardia de slaves, negros y demas gentes de armas, xeques, alcaldes y otras personas de cuenta que seguian la corte del califa (5). Todo el recinto de Medina Azzahrá, ceñido por aquel muro y asentado parte en la falda del monte y parte en la llanura, media dos mil y setecientos codos de longitud, contándola desde oriente á ocaso, y mil y quinien-

tos de anchura desde norte á mediodia (1). Como toda la fábrica se habia construido por la traza aérea, ligera y elegante, propia de la arquitectura arábiga, no parecerá extraño lo que dice un historiador, á saber, que en toda Medina Azzahrá mirábase colocadas hasta cuatro mil trescientas y trece columnas y se abrían quince mil puertas (2), contando sin duda en este número no solamente las exteriores que daban salida á los alcázares y al muro, sino tambien las que servian para comunicarse interiormente los aposentos y las innumerables que formaban los muchos arcos, columnatas y galerías. Otro historiador, que es el célebre *Abu Meruan Ebn Hayyan*, dice que este número de quince mil lo componian las hojas de sus puertas entre pequeñas y grandes, y que todas ellas eran forradas de hierro y bronce.

Abderrahman y Azzahrá, despues de atravesar por muchos arcos de follaje y flores levantados de propósito para esta solemnidad, entraron por fin en el soberbio alcázar por la puerta llamada *Bad Assudda*. En ella y en el atrio que se extendía delante de aquel edificio, hallaron formada la lucidísima guardia de los gentiles mancebos slaves, aderezados con muy vistosas y ricas armas. Mirábase formados en muchos órdenes y filas, y presentaban el mas brillante aspecto; pues su número pasaba de tres mil, y de seis mil segun otros, y en sus lucientes armaduras, espadas y hierros de las picas reverberaban los esplendentes rayos del sol, de manera que segun la elocuente expresion de un autor árabe semejaban un espesísimo bosque y selva de fuego. Si tal pompa y aparato de servidores mostraba fuera del alcázar la grandeza de Abderrahman, todavía fué mayor la muchedumbre de esclavas hermosísimas y ricamente ataviadas que acudieron á recibir y servir á su señora por los diferentes corredores y galerías del regio alcázar, pues su número excedía de muchos miles (3). El emir con gran complacencia fué mostrando á Azzahrá todas las maravillas encerradas en aquel mágico recinto, y ella á su vez procuraba por su parte corresponder á sus finezas, no escaseándole sus dulces sonrisas ni sus amorosas miradas. Pero donde halló Azzahrá mayores pruebas del cariño y esplendidez de su regio amante fué en los aposentos del ala oriental del alcázar, que por destinarse á la habitacion de la favorita y del emir tomó el nombre de *Megles Almunes* (4). Entre los demas aposentos de esta ala habia uno construido en forma de *cobba* ó sea una bóveda muy alta adornada, así como tambien las paredes, con muchos relieves y mosaicos primorosamente dibujados sobre fondos de azul y oro y atravesados por diversas franjas y cartelones donde se leian en caracteres cúficos (5) diversos pasajes y sentencias del Alcoran, segun el gusto de los árabes. Este aposento ó estancia se llamaba *beit-almenam*, que quiere decir cuarto del sueño, porque en sus dos extremos ó costados, bajo dos pabellones muy elegantes sostenidos por delgadas y esbeltas columnas, se abrían las puertas de dos alcobas ocupadas por riquísimos lechos destinados el uno al califa, y el otro á la sultana. En medio de estos pabellones, y debajo de la alta *cobba*, dejábase ver una preciosa fuente á manera de concha para las abluciones y tocado de la favorita. Los autores árabes celebran mucho la hermosura de este *haudh* ó fuente, que era de jaspero verde esculpido con muchas y preciosas labores hechas á cincel, y sobre un fondo ricamente dorado. Mirábase incrustado con riquísimas perlas, y lo que es mas admirable, le rodeaban doce figuras de animales de inestimable va-

(1) Llamado así sin duda por haberle habitado el famoso *Mugueitz el Rumi*, caudillo árabe que conquistó á Córdoba cuando la irrupcion sarracena.

(2) Todos estos monumentos daban su nombre á diversos arrabales de aquella parte de Córdoba, como puede verse mas por menor en *Al-maccari*, I, 304.

(3) «Al pié de la quebrada sierra (dice el Sr. Madrazo), al abrigo de los helados vientos del norte y sobre una alfombra de esmeralda, lecho regalado para una sultana viciosa y mimada, nace consagrada al amor y los placeres del mas ostentoso califa la peregrina Medina Azzahrá, poblacion mágica en que el caprichoso arte oriental parece agotar sus tesoros, como para demostrar que la arquitectura puede con sus fábricas igualar las mas fantásticas descripciones de la poesia (pág. 170).»

(4) *Sidi Mohieddin* citado por *Almaccari*, I, 344.

(5) Al trazar la descripcion de los monumentos y bellezas artísticas de Medina Azzahrá, segun el relato de los historiadores árabes, nos ha sido imposible el fijar con exactitud la posicion respectiva que ocupaba cada uno de aquellos lugares por no bastar á ello la concisa relacion de aquellos escritores. Nosotros supliremos este vacío con las conjeturas que al mismo propósito apunta el Sr. Madrazo, y que son tanto mas plausibles cuanto que han nacido del exámen ocular del terreno: dice así: «Distribúyese la obra en tres partes ó secciones: la que apoyaba en la misma montaña para los alcázares del califa.... La inmediata al mediodia para las viviendas de su servidumbre, eunucos y guardias.... La tercera y mas desviada de la montaña para jardines y huertos que dominaban los alcázares (pág. 408).»

(1) *Ebn Jallican* en su vida del rey de Sevilla *Almotamed*, citado por *Almaccari*, parte I, pág. 343 de la edicion mencionada.

(2) *Ebn Jallican*, *Ebn Hayyan* y otros historiadores citados por *Almaccari*, parte I, pág. 344 y 372. — *Bayan Almogreb*, parte II, pág. 246.

(3) *Ebn Hayyan* dice que el número de mujeres que asistia en el alcázar de Azzahrá entre esclavas y libres, jóvenes y ancianas era el de 16,343. — En *Almaccari*, I, 372.

(4) *Almunes* quiere decir en arábigo lugar de habitacion, ó mas bien el lugar íntimo y reservado de la casa, donde habita la familia y no tienen entrada los extraños.

(5) Llámase así estos caracteres por haberse introducido su uso primeramente en la ciudad de Cufa en la Siria.

lor, colocadas con el siguiente orden: en uno de los frentes un león, una gacela y un cocodrilo; en el frente contrario un dragón, una águila y un elefante; y en los dos costados una paloma, un milano, un pavo real, una gallina, un gallo y un buitre. Todas estas imágenes ó figuras eran de oro rojo trabajado con gran primor, y engastado con riquísima pedrería, y de la boca de cada animal brotaba un caño de agua (1) viniendo todos á derramarse sobre otra pila inferior de precioso jaspe que tocaba el pavimento, con que se esparcía la frescura en toda la estancia. Esta fuente dorada y esculpida la había enviado desde Constantinopla el emperador griego con sus embajadores el obispo Rebi, y Ahmed el *Yunani* (2) como presente digno del poderoso califa; pero las figuras de oro de tan preciosa labor las hizo Abderrahman trabajar á propósito en la *dársena* (3) de Córdoba, y dicen los historiadores árabes que fueron estimadas como maravillas del arte de la platería (4).

Pero lo verdaderamente prodigioso que había en Medina Azzahrá, era el pequeño alcázar llamado del *califado* y también *Cobba Aljassusia* (5) y *Albahú* (6) de en medio que se alzaba sobre una elegante galería de columnas en medio de la espaciosa azotea (7) cubierta de losas de mármol muy llano y terso que cobijaba todo el alcázar principal mirando hacia el mediodía (8). Este alcázar descollaba sobre el gran jardín llamado la *Raudha*, que según algunos se miraba hacia su parte meridional, es decir, al lado opuesto de la sierra (9) y por la parte contraria tenía una puerta que daba salida al campo y monte, por donde cuentan que el califa entraba á reposar en el alcázar del califado; parece que se componía de dos cobbas ó aposentos abovedados, superior é inferior que competían entre sí en la hermosura y riqueza de su ornato. El inferior era fabricado de exquisitos mármoles de varios colores, con la techumbre y los capiteles de sus muchas y esbeltas columnas ricamente dorados. En medio cuentan que había una fuente de jaspe que lanzaba sus cristalinas aguas por medio de un cisne de oro de labor maravillosa. Aquí se miraba el *serir almalié*, ó real trono, de extraordinaria riqueza y hermosura, y este era el lugar destinado para la proclamación y alzamiento de los nuevos soberanos, por cuya razón toda aquella parte del edificio se nombraba *alcázar del califado* (10). Sobre este primer cuerpo se levantaba, según parece, otro á manera de cobba ó pabellón mas suntuoso y peregrino todavía. Los muros de este albahú eran de preciosos jaspes y pórfidos con variedad de aguas y matices, y adornados artísticamente con muchas labores de oro. Su techo era también de bruñido mármol esmaltado para mayor belleza de cierta tinta entre dorada y blanca; pero tan brillante que deslumbraba la vista cuando los rayos del sol, filtrados por las ventanas le he-

rian de rechazo. En cada costado de aquel aposento que era cuadrado, había ocho puertas que se abrían bajo arcos de marfil y ébano recamados (1) de oro y engastados con variedad de perlas, apoyándose en ligeras columnillas de jaspes de colores y cristal de roca muy terso y brillante. En medio de la estancia había una fuente ó taza grande de jaspe llena de azogue, que brotando en medio fluía y refluía artísticamente como si fuese agua. Los rayos del sol entrando por las muchas puertas de la cobba, venían á herir en el azogue y en el brillante mármol del pavimento y muros, reverberando después en el dorado techo, de suerte que se deslumbraba la vista de cuantos allí estaban, hasta el punto de no poder sufrir tanta copia y esplendor de luz. Cuando Annasser entró allí con Azzahrá, uno de sus gentiles-hombres slavs, avisados por una señal disimulada de su señor, movió el azogue y al punto apareció en la estancia como el resplandor de un relámpago. La favorita no acostumbrada á tal espectáculo, sintió fascinada su mente, y creyó en medio de su vértigo que la cobba daba vueltas con ella; y sin duda cayera desmayada si Abderrahman no ordenase al slavo que parase el movimiento del azogue. Cuenta un historiador que Annasser solía usar este artificio siempre que quería sorprender ó aterrar á alguno de su corte que allí entrase. Otros dicen que el dar vueltas el aposento no era ilusión de los deslumbrados por aquel espectáculo; sino que la cobba, por cierto ingenioso artificio, se movía y giraba al rededor de la fuente del azogue, siguiendo siempre el curso del sol (2). Para complemento del lujo y la magnificencia, el techo de aquella cobba se miraba cubierto con tejas de oro y plata, en que el Califa gastó harta riqueza (3). Del centro de la bóveda hizo colgar Annasser una perla llamada *yatima* de inapreciable valor por su gran tamaño y hermosura, que había recibido entre otros presentes del emperador de Constantinopla (4). Aquel aposento en fin, observa un autor árabe (5) no ha conocido rival, por lo maravilloso de su fábrica, en los tiempos del paganismo ni en los del Islam, y particularmente por la abundancia de azogue de su fuente, fué tenido en el mas alto precio y estima.

A propósito de este pabellón ó régio aposento de Annasser en Medina Azzahrá, recuerda un historiador citado por Almacari, el que mucho tiempo después edificó el rey de Toledo *Almamun Ebn Dzinnun* (6). Hé aquí vertidas al castellano las propias palabras con que el autor africano describe esta maravilla del arte.

«Lo que dejamos referido del pabellón de Annasser, nos trae á la memoria lo que cuenta mas de un historiador del alcázar grande que fundó en Toledo el rey Almamun Ebn Dzinnun, y en cuya fábrica que llevó á cabo con toda suntuosidad y magnificencia, empleó grandes tesoros. En medio del alcázar hizo una albuhera ó gran estanque, y en medio del estanque una cobba (ó pabellón) de cristal de colores labrado de oro (7). Sobre la cúspide de esta cobba con artificio de sus sabios ingenieros hizo traer gran caudal de agua, de manera que derramándose igualmente desde aquella altura por los costados, y envolviendo todo el pabellón como en un manto cristalino, venía á mezclarse con la que llenaba la albuhera. Almamun solía sentarse allí (por la noche) sin que le tocara una gota de agua,

(1) Alm., I, 371.

(2) Es decir el griego.

(3) En texto árabe *Dar sanaa* (la casa de la fabricación) de donde ha venido en castellano la palabra *dársena*.

(4) El Bayan y Almacari. Ibid. En esta época gloriosa de su imperio y sus artes, los árabes de España no dudaron en recurrir á veces á la escultura para embellecer sus edificios á pesar de las prohibiciones del Corán, que condena la representación plástica de los seres animados.

(5) Es decir, el pabellón particular del califa.

(6) El aposento precioso.

(7) Azotea es palabra árabe que en este idioma se pronuncia *sath* y *sath*, como se halla en el *Vocabulista árabe* del P. *Alcaldá*; al dar el nombre que corresponde en aquella lengua á nuestra palabra terrado.

(8) En esta azotea descollaban tres pequeños alcázares ó pabellones todos adornados con ricas labores de oro, uno en el centro que era el del califado mirando al mediodía, y otros dos en los extremos de oriente y occidente. Los historiadores árabes los llaman indistintamente *meqteses* ó aposentos, *cobbas* ó *albahúes* dorados y con todos estos nombres los mencionamos en diversos pasajes de este episodio.

(9) Nosotros nos inclinábamos á creer que este gran jardín de la Raudha estuvo situado á la parte contraria, esto es, hacia el lado del monte; pero luego hemos adoptado otra opinión por las razones expuestas en una nota anterior.

(10) Mas adelante volveremos á mencionar este aposento, al referir la solemne ceremonia con que allí fué alzado por califa el emir Alhacám, hijo y sucesor de Abderrahman.

(1) De la raíz árabe *racama*: reesmar.

(2) Ebn Hayyan citado por Almacari, I, 346.

(3) Ebn Hayyan en el lugar citado *Abu Nasser Alfath* y *Ebn Hasan An-nabahi*, en el libro de *Almatnat*, citado por Almacari, vol. I, pag. 377.

(4) El mismo Ebn Hayyan en el lugar citado. Según Conde, esta perla pendía del techo de la cobba, ó aposento antes descrito sobre la fuente del cisne.

(5) El mismo Ebn Hayyan.

(6) *Yahya Almamun Ebn Dzinnun*, llamado *Almamun* por nuestros historiadores y aliado que fué de Alfonso VI, reinó en Toledo desde 436—1015, á 469—1076 y fué uno de los príncipes mas poderosos de aquella dinastía.

(7) Dicen que este alcázar estaba deliciosamente situado sobre el río Tajo, retratando en él su elegante fábrica y las iluminaciones de sus fiestas nocturnas.

•y encendia por dentro antorchas con que resultaba por de fuera un espectáculo maravilloso. Pues como cierta noche se solazase allí con sus mujeres, se oyó de improviso una voz que cantó así:

«¡Oh! tú que por ventura has pretendido fundar un edificio de inmortales (1), sábetete que te resta muy breve plazo de vida.»

•Y ciertamente la sombra del *arac* (2) es suficiente para el que llega cansado al fin de su jornada.»

•Este suceso turbó sobremanera al rey, que presintiendo su fin cercano, exclamó: «Nosotros de Dios somos y á él volveremos (1).» Y en efecto, su muerte no se tardó mas de un mes (2).»

Esta digresion de los historiadores árabes, habiéndonos dilatado mucho en nuestra relacion, nos obliga á suspender nuestro paseo con el sultan y su favorita, que proseguiremos en el capítulo siguiente.

F. JAVIER SIMONET.



Las dos niñas estaban solas sentadas juntas en un rincón de la sala.

DIEZ Y OCHO AÑOS DESPUES.

(Continuacion.)

III.

Despues de haber llevado el niño á una aldeana de las inmediaciones que podia criarle, Bradsh volvió inmediatamente á su casa.

- (1) Es decir, una mansion donde se goce de perpétua vida y felicidad.
(2) Especie de espino que crece en los desiertos.

En vano pensó y volvió á pensar sobre aquel suceso tan inexplicable: no veia ni un rayo de luz, ni una sola idea medio probable y que pudiera iluminar algo el dedalo en que se perdía.

Visto que discurriendo sobre ello era imposible sacar nada en limpio, se determinó á presentarse en la casita donde aquel suceso habia tenido lugar, y ver si con maña ó con dinero lograba saber algo: de allí iria á casa de su hermano el cura, y con los

- (1) Sentencia del Alcoran.

- (2) Almaccari, I, pág. 380.

antecedentes que pudiera reunir y entre los dos, ya era mas fácil poder descubrir el tenebroso enigma.

Después de haberlo avisado así al ama de gobierno que en su casa tenia, entró en la habitacion de las muchachas.

Estaban estas sentadas juntas meditando y discurriendo no sobre el origen y procedencia del niño que nada les importaba, sino sobre el porvenir cuando aquel niño hablase y pudiese jugar con ellas.

— Tened juicio, dijo el médico al despedirse.

— ¿Te marchas? preguntó Wilhelmina.

— Voy á casa de tu tío.

— ¿Y el niño?

— Vosotras tendreis cuidado de él si Marta le trae.

Quedáronse las niñas conformes con la idea de que el niño iba á venir y ya regocijándose de los besos que le darian, y Bradsh se encaminó á la casa donde habia estado la noche anterior.

En vano cuando llegó llamó no una sino cien veces: la casa estaba herméticamente cerrada y parecia que allí no habia habitado nadie.

Cansóse en llamar repetidas veces ya á las puertas ya á las ventanas sin que nadie le contestara y sin que se oyera otro ruido que el eco de sus golpes, cuando acertó á pasar por allí un aldeano á quien el médico conocia como á todos.

— Es inútil que os canseis en llamar, señor William, porque hace muchos años que esa casa está desierta, dijo aquel.

— ¿Estás seguro? preguntó Bradsh, que creia ver en todo un misterio.

— Paso por delante dos veces todos los días y nunca he encontrado gente en ella; siempre están cerradas puertas y ventanas.

— ¿Qué será esto? dijo el médico en su interior; ahora me lo explico menos.

— Dios os guarde, dijo el aldeano echando á andar.

— El te guie, contestó Bradsh, y alejándose de aquel sitio se encaminó á casa de su hermano.

IV.

El cura no sabia nada; aun no habia llegado á sus oídos el suceso misterioso que tanto y con tanta razon habia preocupado á William.

Oyóle con admiracion, y después de asegurar á su hermano que en la casa aquella no habitaba nadie le preguntó:

— ¿Y no has visto á nadie mas que al aldeano que te fué á avisar y á la mujer que te recibió?

— A nadie mas, y tengo mis sospechas de que el tal aldeano no era lo que parecia.

— ¿Por qué? preguntó el cura creyendo sacar de esto una gran luz para descubrir el secreto.

— Porque las frases y las cosas que me ha dicho no hubiera podido discurrirlas él solo.

— ¿Y si la lección estaba bien estudiada?

— Imposible; se hubiera conocido.

— ¿Y tú no le has vuelto á ver?

— No; se conoce que él fué quien llevó el niño á mi casa para que lo encontrara á la vuelta, y estaba todo tan bien calculado, que cuando él me acompañó me llevó por el camino mas largo, sin duda para tener luego tiempo de llegar por el mas corto antes que yo.

— Efectivamente es una cosa rara, dijo el cura que ya habia perdido toda esperanza de averiguar mas.

— Y á mí me ha hecho mucho mas efecto del que debiera, porque recordé que hace diez y ocho años fui parte interesada en igual asunto.

— Es cierto, pobre Fanny.

— Solo que yo tuve peor suerte y la pobre madre de Fanny murió en el lance.

— Pero te quedó esa pobre niña que vale mucho, William, y que es digna de mejor posicion.

— Pobrecilla, dijo el médico enjugándose una lágrima, llámala, hoy no la he visto.

Tiró el cura del cordón de una campanilla, y al criado que se presentó le mandó á buscar á la señorita Fanny.

— Tampoco yo la he visto desde ayer, dijo el sacerdote.

Volvió el criado mudo de asombro diciendo: No está en casa.

— ¿Y cómo ha salido sin mi consentimiento? preguntó el cura algun tanto azorado.

— No sé, señor, repuso el criado.

— Llama á miss Clara.

Miss Clara entró diciendo: No está, señor.

Levantáronse el médico y el cura y salieron á buscarla por todas partes: Fanny no pareció ni en su cuarto, ni en el jardín que ella cultivaba y en el que puede decirse pasaba la mitad de su vida; tampoco pudieron dar razon de ella los vecinos, ninguno la habia visto, nadie sabia de ella.

William se volvia loco; Fanny, su hija, el fruto del mas desgraciado de los amores, la pobre niña que ignoraba quiénes fueran sus padres habia salido sola á la desbandada, sin decir por qué, sin decir dónde iba.

Jhon por su parte se lo explicaba aun menos; Fanny que no acostumbraba á moverse de su casa, que no salia nunca sin su consentimiento, hacia veinticuatro horas que faltaba de ella sin que nadie lo hubiese notado, sin que nadie pudiera explicarse el suceso.

— Pero esto es terrible, dijo el médico rompiendo el primer silencio.

— ¡Qué série de acontecimientos y todos tan inexplicables! añadió el cura lleno de asombro y sin saber qué explicacion dar.

— ¿Y no han notado VV. que se habia ido hasta ahora? preguntó William dirigiéndose á todos los que habia en la casa.

— No señor, contestó miss Clara; como acostumbraba á pasarse los dias enteros en su cuarto y en el jardín y ayer comió á la mesa.

— Y por señas que comió poco, dijo el cura.

— ¿Luego la causa de su fuga es alguna pena grande?

— No sé mi querido William, ni podria atribuirlo á suceso ninguno en medio de la paz en que vivimos.

— Algun rapto, dijo el médico creyendo haber encontrado la verdad del hecho.

— La señorita no tenia novio, contestó miss Clara.

— Entonces no me lo explico, volvió á decir el médico, que efectivamente era el mas asombrado.

— Si hubiese ido á casa de V., dijo miss Clara, que creia que aquello podia ser.

— Quizás, dijo el cura con aplomo.

Dudó un poco el médico; pero como no tenia motivos para desechar la idea, cogió su sombrero y se dirigió apuradamente á su casa.

Fanny no habia ido.

Las dos niñas estaban solas sentadas juntas en un rincon de la sala.

Cuando su padre preguntó por ella le dijeron que no la habian visto.

William se devanaba los sesos; ya aquello no podia tener explicacion; la série de hechos que se habian venido repitiendo en dos dias le asombraba; William se habia vuelto loco; el día y la noche que pasó fueron horribles.

V.

Bien temprano era al día siguiente cuando el cura todo azorado y con los ojos cubiertos de lágrimas se presentó en casa de su hermano.

— ¡Qué desgracia la nuestra! le dijo echándose á llorar.

— ¿Pues qué sucede? preguntó el médico.

— Ya lo sé todo, mi querido William, y ojalá que no lo hubieramos sabido nunca.

— Habla, habla, dijo azorado su hermano.

— Lee, le contestó el cura alargándole una carta.

William la cogió trémulo, la abrió y se puso á leerla.

La carta decía así:

Mi querido padre adoptivo: perdonadme, tened compasión de vuestra hija que débil, sola y sin madre ha escuchado las lisonjeras palabras de un hombre y se ha dejado seducir, olvidando por un amor culpable vuestras paternales caricias, el decoro de su sexo.

Sé lo que mi confesión os dolerá, sé que lágrimas de amargura bañarán vuestros ojos; pero mi desgracia es mucho mas grande de lo que podeis creer.

Me han robado mi hijo, se le han llevado de mi lado no sé dónde, sin haberme dejado darle un beso, sin que yo le haya visto una sola vez. Pobre hijo mio, á quien busco azorada por todas partes sin encontrarle, perdonadme, perdonadme, me han engañado.

FANNY.

— Pobre niña, dijo el cura.

— Hija mia, murmuró el doctor.

— A los 18 años.

— Justamente, hoy hace 18 años que murió su pobre madre, á quien yo habia seducido. Dios mio, tened piedad de mí, dijo el médico, y cayó de rodillas sobre el pavimento.

— La buscaremos, repuso el cura.

(Continuará).

AGUSTIN BONNAT.

AMPARO.

(Memorias de un loco).

EPÍLOGO.

He pasado de los treinta años,

funesta edad de tristes desengaños,

que dijo ESPRONCEDA.

Me he arrancado mi primera cana.

La experiencia se ha encargado de arrancarme una á una todas mis ilusiones, ó por mejor decir de secar todas mis creencias.

Hoy solo tengo dos:

Creo en un Dios incomprensible.

Creo que la vida es un sueño.

La primera verdad la ha dicho la Biblia.

La segunda la ha dicho Calderon.

Si alguien dijo la primera antes que la Biblia;

Si alguien dijo la segunda antes que Calderon, quedé sentado que yo no conozco fuera de aquel admirable libro y de aquel admirable poeta al ó á los que haya ó hayan dicho aquellas dos verdades.

Lo que yo sé decir por experiencia propia, es que nadie cree las verdades hasta que se las hace conocer la experiencia.

La experiencia, en general, tiene una manera muy dura de dar á conocer las verdades.

Si se nos permite que supongamos que la vida es un camino sobre el cual marchamos con los ojos vendados, se nos permitirá tambien suponer que la experiencia es un poste ó colocado en medio de nuestro camino, hacia el que marchamos á ciegas, y contra el cual nos rompemos las narices.

Pero en cambio, y por mucho que el golpe nos haya dolido, encontramos una verdad que no conociamos;

El reverso de una medalla;

La antítesis de una bella idea;

El interior de un *sepulcro blanqueado*;

Sarcasmo y podredumbre.

De lo que se deduce que: costándonos el conocimiento de cada verdad una contusion, y siendo infinitas las verdades que nos obligan á descubrir las ilusiones que debemos á nuestro

amor propio, un hombre no puede llegar á tener experiencia sin encontrarse completamente desconyuntado.

Un hombre lleno de experiencia es un árbol muerto, metafóricamente hablando, contra el cual zumba desapiadadamente el *huracan de las pasiones*, valiéndonos de otra metáfora.

Y sin embargo de que, y continuamos en el estilo metafórico, ya no tiene ni frutos ni hojas que el huracan pueda arrancarle, le arranca las extremidades de las ramas secas.

Después viene el rayo y le hace trizas.

Después la lluvia del invierno le pudre.

¿Dónde estaba el hermoso árbol?

Hasta sus raíces se han podrido.

Ese árbol no ha existido.

Ha sido un hermoso sueño de primavera.

Una horrible pesadilla de verano.

Si; Dios que ha hecho su criatura para que sea destruida, es incomprensible.

La vida que pasa sin dejar tras sí vestigio alguno es un sueño.

Quede sentado que la Biblia es un gran libro;

Que Calderon era un gran poeta,

Y que yo soy lo que quieran mis lectores que sea.

Esto escribia yo una noche que no tenia sueño.

Eran las tres.

Estaba en calzoncillos blancos y tenia frio.

No tenia un cuarto y estaba desesperado.

Un viejo reló de pared me dejaba oir un monótono tic-tac.

El ruido de un péndulo cuando se está en cierta disposicion de ánimo, es un ruido que crispa los nervios.

No sé á quién he oido decir que el cólera morbo es una enfermedad nerviosa.

De modo que, cuando no se tiene sueño, cuando no se tiene dinero, y se tiene frio, y se oye el tic-tac de un péndulo, en medio del silencio de la noche, se está muy expuesto á ser un caso.

Por lo mismo, y cediendo á un laudable sentimiento de conservacion propia, voy á meterme de nuevo en la cama y á buscar la vida en el sueño.

Porque, si la vida es sueño, el sueño debe ser vida.

Y esto es tan exacto, como que, si la vida del hombre son las ilusiones, nada mas comparable á la vida que el hermoso sueño de un sediento que cree estar echado de bruces sobre una fuente cristalina;

O el de un pobre que cuente oro;

O el de un enamorado que besa y devora á una mujer hermosa;

O el de un diputado de la oposicion que se mete debajo del brazo una cartera.

O el de un hambriento que come en la fonda del CISNE.

(Entre paréntesis: la fonda del CISNE es de un amigo mio, y puedo recomendarle cualquiera de mis lectores, para que en un cubierto de á duro le ponga un plato mas.)

Me he metido en la cama, pero no he conseguido dormirme.

La realidad huye de mí: el sueño me persigue.

Soñemos, ya que no podemos vivir.

Soñemos escribiendo.

Escribir es muy fácil, sobre todo cuando se escribe mal.

Por eso tenemos en España tantos literatos;

Y tantos poetas;

Y tantos periodistas;

Y tantos sabios.

Esto consiste en que en España todos estamos aburridos, ó tenemos frio ó hambre y nos distraemos escribiendo.

Tambien es cierto que son muy pocos los que se distraen leyendo.

Por eso en España los escritores no tenemos un cuarto.

Hay diez musas.

O por mejor decir, no hay diez musas sino una.

Antes había nueve.

La una, que las ha matado, es una musa horrible que vive de dar muerte.

Esa musa es el HAMBRE.

El hambre es la musa de los españoles.

¿Quién dijo esto? ¿Quién lo dijo?

Venturita.

No señor: D. Ventura.

Aun no señor: el excelentísimo señor D. Ventura de la Vega.

El que abandona á César por el Marqués de Caravaca;

La tragedia por la zarzuela;

La fama por el dinero.

Bien sabía Vega lo que se decía cuando dijo que la musa diez era el hambre.

Nosotros hemos dicho que el hambre es la musa única de los españoles.

Y si no, ¿quién les inspiró la revolución de julio?

Porque una revolución no es otra cosa que una poesía diabólica, para producir la cual es necesario que á todo un pueblo se le calienten los cascos.

¿Quién fué, pues, la musa que inspiró al pueblo de Madrid aquella sinfonía infernal de los tres días y aquel poema berroqueño en quince cantos de las barricadas?

Fué la libertad.

Si señor: pero la libertad en su sentido real tangible y comestible: el deseo de comer libremente.

¿Quién inspiró tantas cosas inspiradas como se dijeron y se escribieron?

La necesidad de comer.

Es verdad que no hemos comido tanto como esperábamos; que el banquete no ha correspondido al programa.... pero....

Se conoce que estoy de muy mal humor en que he ido á meterme con botas y espuelas bajo la jurisdicción ó en la jurisdicción del señor fiscal de imprenta.

Por lo mismo, y para evitar una cornada, tomemos de nuevo el olivo de la bella literatura.

Esto es: levantemos ante el señor fiscal, como en señal de paz, un ramo de oliva.

Dicen que en el Saladero es muy fácil convertirse en caso (1).

Es necesario, pues, evitar de todo punto que le pongan á uno en salmuera.

Pero direis, y con razón: el autor está loco.

Perdonad: una palabra:

Tened en cuenta que he empezado mi novela por el epílogo: es decir, que la he acometido por la cola.

Este epílogo reducido á su verdadera expresión debía constar únicamente de estas palabras:

EL AUTOR SE HA VUELTO LOCO.

O bien si no os agrada el modismo:

EL AUTOR HA ENLOQUECIDO.

O bien:

El autor no ha logrado todavía encontrar su juicio y se lo pide á sus lectores.

(Continuará.)

MANUEL FERNANDEZ Y GONZALEZ.

MADRIGAL.

Con júbilo inocente:
con ansia candorosa,
para ceñir su frente
conchas buscaba y perlas
por la orilla del mar mi Delia hermosa.
Bajábase á cogerlas,
y el agua que la via
juguetona á sus plantas extendia
en son de amores murmurando leve
rizada alfombra de menuda nieve;

hasta que mas audaz una oleada
en blanca espuma la dejó bañada.
Pálida, muda, fria,
corrió á ocultar en mi amoroso pecho
su frente; y yo le dije: — ¡Delia mia!
lección me da de amores.
Quiere besarte el mar, y emplea el arte
dulce de los traidores....
¡Oh quién fuera traidor para besarte!

V. BARRANTES.

A....

¿Ves ese arroyo que la red florida
rompe en que nace su corriente grata
y ufano crece y corre y se dilata
y es de los campos que fecunda, vida?

Torrente luego en espumosa huida
las flores y los troncos arrebatada,
hasta que turbio su cristal de plata
muere en las hondas de la mar temida.

Así es el hombre: hácia el amor se lanza
y su existencia á la virtud ofrece;
tirano luego cuando el premio alcanza
mengua en ternura y en rigores crece,
hasta que débil á la tumba avanza
y en el mar del olvido desaparece.

José J. VILLANUEVA.

SOLUCION DEL GEROGLÍFICO DEL NÚMERO ANTERIOR.

Se vende una ratonera barata.

GEROGLÍFICO.

MED 8 de Junio 1856



Este gerooglífico se ha recibido en contestación al que se insertó en el número 19 por el autor del replicado.

Madrid.—Imprenta de la Viuda de PALACIOS.

(1) Esto se escribía durante el cólera.